

no tenía casa ni hogar, iba acompañado siempre de su hermoso perro de Terranova, con el que estábamos entusiasmados los chiquillos por su inteligencia. Su amo y él se sentaban a nuestra mesa casi siempre que venían a visitarnos, y donde el primero se engolfaba en contarles [a los dueños de la casa] cuentos fantásticos de descubrimientos hechos por él en sepulcros antiguos, cuentos que mi padre no creía, y así se lo decía luego a Gustavo. Otras noches también se quedaban a dormir en casa él y su perro. Algunas veces, al marcharse, escondía los guantes o el pañuelo, y cuando ya estaba en el portal mandaba al animalito que subiese a buscarlos; obedeciéndole inmediatamente subía, llamaba a la puerta con ladridos y después de muchas vueltas por todas partes los encontraba y se los llevaba a su amo»¹⁴.

Quisiera llamar la atención sobre el hecho de que la sobrina de Gustavo llama «poeta» a Vizcaíno: estamos en la época que sigue inmediatamente a la publicación de *Risas y lágrimas* y la Rima V, y la niña Julia debió de oír muchas conversaciones sobre poesía entre los dos bohemios, que si las hubiese podido reconstruir seguramente apoyarían la tesis de influencia que propongo aquí. Nótese que mientras Valeriano dudaba de los «cuentos fantásticos» de Vizcaíno, Gustavo, autor de leyendas, tendía a ser más receptivo, aunque no fuera sino «por razones estéticas», según diría el marqués de Bradomín sobre sus creencias monárquicas. A la común atracción que sentían los dos poetas y arqueólogos por lo fantástico y sepulcral, añádase, para confirmación de la mutua simpatía que hemos sorprendido en los documentos, la semejanza de sus estilos en verso, que se estudiará en la segunda parte de este trabajo.

Pese a los evidentes riesgos, los que somos amigos de los perros tendemos a fiarnos de otros que lo son y a desconfiar de quienes los desprecian: lo digo como base para preguntar si un bohemio, sin casa ni hogar y que tenía que comer los más días de gorra, y, sin embargo, en medio de su miseria se preocupaba de velar por el bien de un pobre cuadrúpedo, era suficientemente materialista para haber podido ser estafador, por lo menos en la forma desalmada que le atribuye Nombela. Vizcaíno debió de ser no sólo impráctico, sino de moralidad flexible, como que a pesar de su entrada en Palacio era un bohemio que vivía al margen de la sociedad; pero por lo mismo que para otro hombre de carácter semejante esto podía parecer perdonable y quizá hasta amable (en la medida en que lo es la picaresca), en cambio, para un temperamento como el de Nombela tenía que parecer todo lo contrario, pues no obstante el enorme interés literario de las *Impresiones y recuerdos*

¹⁴ JULIA BÉCQUER: «La verdad sobre los hermanos Bécquer», en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, tomo IX, 1932, págs. 82-83.

de éste—y estoy por decir que antes de leer las descripciones de hombres y casas reales del Madrid decimonónico contenidas en estos cuatro tomos, nunca aprecié plenamente el realismo de los tipos y ambientes ficticios de Galdós—, las virtudes del cronista y su amor propio son aún más burgueses que el Madrid que capta en sus páginas, y con sus homilías y moralizaciones económicas se hace a menudo muy pesado.

Lo expuesto hasta aquí demuestra el gran acierto de Rubén Benítez en la siguiente advertencia de 1971: «Hay demasiada violencia en Nombela y un odio personal evidente. También es Nombela el que cuenta el episodio de la defraudación de que fue Bécquer víctima, y Juan de la Puerta Vizcaíno protagonista. Se me ocurre que el mejor conocimiento de este enigmático personaje arrojaría luz sobre un período oscuro de la vida de Bécquer y explicaría los excesos de Nombela. Creo que mientras no conozcamos bien a Juan de la Puerta Vizcaíno debemos mantener obligada cautela. Obligada, ya que Bécquer persiste en su trato con él»¹⁵. Todavía no conocemos bien a Vizcaíno; pero relacionados en forma lógica los datos que hemos destacado aquí, el autor de *Risas y lágrimas* se nos ha hecho algo menos enigmático, a la vez que mucho menos odioso, y resultan así menos oscuras las relaciones entre él y Bécquer.

* * *

Byron, Lamartine, Musset, Heine, Schiller, Goethe, Lista, Espronceda, Larrea, Selgas, Arnao, Ferrán: he aquí algunos de los numerosos poetas cuyos versos se han identificado como posibles fuentes de las *Rimas*. Bécquer en su juventud leía con arrobos a Zorrilla, mas también leía con meditación a Horacio, quien recomendaba que el poeta novel revolviere noche y día los buenos modelos poéticos. Los estudios de las fuentes becquerianas han demostrado inconcusamente el «clasicismo» de las *Rimas* en este último sentido. Sin embargo, reflejando otro punto de vista, absurdo, pero no por eso nada infrecuente a lo largo de los estudios becquerianos (el cual mantiene que no interviene en la génesis de las *Rimas* ningún elemento, sino la inspiración), el autor de un libro impreso en 1972 afirma que con la investigación de las fuentes, «para destronar a Bécquer, los insidiosos inventan una serie de predecesores, en cuyas filas milita o cuyas obras calca o copia»; se queja de que «nos abruman los paralelos becquerianos innecesarios de críticos quisquillosos», y en los trabajos de tales «insidiosos» y «quisquillosos» ve unas «críticas iconoclastas que querían restar méritos al mejor de nuestros románticos». Antes, por el contrario, el hecho de que exista

¹⁵ RUBÉN BENÍTEZ: *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Editorial Gredos, 1971, pág. 76, nota 14.

tan crecido número de «preludios» de las *Rimas*, a todos los cuales Bécquer infaliblemente supere, representa la más convincente demostración posible de su gran originalidad.

La revelación de otro modelo superado por Bécquer, verbigracia, «El aire», de Puerta Vizcaíno, no es, por ende, sino un nuevo elogio, y de la mejor clase, por estar objetivamente documentado. No es ésta la primera vez que se han sugerido seguidillas como posibles antecedentes de determinadas *Rimas* becquerianas, pues José María de Cossío y José Pedro Díaz, entre otros, han buscado el germen de alguna de éstas entre las seguidillas de Alberto Lista y en *El libro de los cantares*, de Antonio de Trueba y la Quintana, en el que figuran seguidillas junto con otras formas populares. El tono característico no sólo de «El aire», sino de la mayoría de las seguidillas contenidas en *Risas y lágrimas* es «becqueriano», y, por tanto, en ellas, lo mismo que en las *Rimas*, lo popular español se acompaña de «esos suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con los cuales expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños»—según escribiría Núñez de Arce algunos años más tarde, aludiendo con cierto desprecio a Bécquer¹⁶.

Antes de examinar la nueva fuente de la Rima V, veamos dos o tres muestras de otras composiciones de Vizcaíno que pudieron resultar sugerentes para Gustavo. No se trata en estos casos de señalar influencias tan palmarias como la de «El aire», sino simplemente de exhibir varias afinidades en la sensibilidad y la metaforización que den al lector una impresión algo más clara de la tonalidad «becqueriana» del desconocido libro de Vizcaíno. Pues en algún caso el influjo debió de ejercerse en la otra dirección, ya que Bécquer venía publicando *Rimas* individuales en obras periódicas desde 1859. Además, en el caso de muchas *Rimas*, la búsqueda de las fuentes se dificulta por la presencia en las poesías de Bécquer en grado máximo de un rasgo esencial para la mejor lírica: una forma y contenido suficientemente abiertos para que empiece el poema donde acaba el verso, según ha observado cierto estudioso de las *Rimas*, o sea, para que el lector, sugestionado por el poeta, siga «poetizando» o meditando con la misma sensibilidad después de poner el libro a un lado. Por esto creemos a veces recordar *Rimas* becquerianas—en realidad son nuestras—que resulta totalmente imposible hallar al volver a consultar el texto, y algo semejante nos pasa al buscar fuentes para las *Rimas* entre los versos, de inspiración, estilo y tono parecidos, de los predecesores y coetáneos de Bécquer. Leemos, por ejemplo, esos poemas de Selgas caracterizados—según dice

¹⁶ GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, en el Prefacio a su *Gritos del combate* (1875), 7.ª ed., Madrid, Fernando Fe, 1891, págs. XV-XVI.

Manuel Cañete en su prólogo a *La primavera* (1850)—por «el espiritua-
lismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte; la
gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meriona-
les»¹⁷, y nos parece encontrar a la vuelta de cada página un antecedente
concreto de alguna Rima, que, sin embargo, es luego imposible conectar
directamente con ninguna de éstas.

Los investigadores de fuentes buscan en Lista y en los poetas ale-
manes antecedentes del manejo becqueriano de los suspiros, por ejem-
plo, en la Rima XXVIII, pero ninguno de los posibles modelos seña-
lados hasta la fecha es ni más semejante ni más convincente que dos
de las seguidillas de «Serenata», de Puerta Vizcaíno:

*¿Sabes por qué las flores
más perfumadas
y orgullosas se muestran
por la mañana?
Es, imagino,
porque el perfume aspiran
de tus suspiros.*

(*Risas y lágrimas*, pág. 19.)

... ..

*Las hojas de los árboles
trémulas vibran,
y al ver cuánto padezco
tristes suspiran.
Sal, y a las hojas
di que aboguen los suspiros,
porque me adoras* (pág. 20).

«Serenata» pudo influir en la Rima XXVIII, pues ésta es posterior
a *Risas y lágrimas*, como que aparece por primera vez en las páginas
finales de *El libro de los gorriones*, en que Bécquer reconstruyó el ma-
nuscrito poético de 1868, que perdió durante la revolución de septiem-
bre de ese año. (No cito todas las Rimas aludidas aquí por ahorrar
espacio y por suponer que no habrá ningún lector que no tenga a mano
alguna edición de los versos de Bécquer.)

Otro poema de Vizcaíno que brinda interesantes paralelos con la
obra de Bécquer es «¡A una mujer!» Las dos seguidillas que voy a co-
piar ahora contienen ideas y figuras muy parecidas a las de las Rimas XII,
XIII y XXIII, pero esta vez Bécquer puede haber influido en Vizcaí-
no, lo mismo que éste en aquél, pues las Rimas XIII y XXIII se pu-

¹⁷ En JOSÉ SELGAS Y CARRASCO: *La primavera y el estío*, 6.ª ed., Madrid, Leocadio López,
1883, pág. 41.

blicaron, respectivamente, en 1859 y 1861 en revistas, mientras la XII es posterior a *Risas y lágrimas*, por hallarse en el manuscrito reconstruido de 1868-1869 y no haberse impreso hasta 1871.

*Si tu cara es un cielo,
tus ojos soles,
y es tu boca la fuente
de los amores;
si en tus mejillas
la rosa sus colores
ve con envidia;*

*Puedo decir sin miedo
de que me engañe,
que del cielo y del mundo
erés la imagen;
siendo esto cierto,
¡vales un mundo, niña,
vales un cielo! (págs. 63-64).*

La primera de las dos seguidillas de «Las lágrimas», de Vizcaíno, constituye un curioso antecedente de la tercera y última estrofa de la Rima LXVIII, que procede del manuscrito de 1868-1869. Tienen en común su idea central (las lágrimas son esperanzas perdidas), sólo que en Bécquer ésta está expresada en forma menos directa y por ello más poética:

VIZCAINO

*Niña, guarda tus lágrimas,
guárdalas, niña,
que los ojos abrasan
y el alma entibian;
pues son las lágrimas
esperanzas perdidas
de nuestras almas (pág. 93).*

BECQUER

*Triste cosa es el sueño
que llanto nos arranca,
mas tengo en mi tristeza una alegría...
¡Sé que aún me quedan lágrimas!*

Pero es hora ya de mirar el poema que ha motivado este modesto trabajo. Decía antes que Rica Brown conocía *Risas y lágrimas*, y lo menciona por su título¹⁸, aunque sin dar la información bibliográfica

¹⁸ BROWN, pág. 287.